

HUJOS

DE

VNA  
HISTORIA  
DE LOS  
ÁSESINOS  
EN SERIE

PETER VRONSKY

GAN

*Ariel*

Peter Vronsky

# Hijos de Caín

Una historia de los asesinos en serie

Traducción de Joan Andreano

*Ariel*

Título original:  
*Sons of Cain: A History of Serial Killers from the Stone Age to the Present*

Primera edición: marzo de 2020

© 2018, Peter Vronsky

© 2019, Joan Andreano Weyland, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:  
© Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-3180-5  
Depósito legal: B. 2.036-2020  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Sumario

### I

#### SOBRE EL ORIGEN DE LAS ESPECIES: LA EVOLUCIÓN DE LOS ASESINOS EN SERIE

1. Asesinos en serie: breve introducción a la especie . . . . . 15
2. Génesis: el cerebro reptiliano triunfo del zombi asesino en serie de la Edad de Piedra. . . . . 49
3. *Psychopathia sexualis*: la psicología del asesino en serie por lujuria en la sociedad civilizada. . . . . 71

### II

#### CRÓNICAS DE ASESINOS EN SERIE: EL HISTORIAL FORENSE PRIMITIVO DE LOS MONSTRUOS

4. El amanecer de los menos muertos: los asesinos en serie y la modernidad . . . . . 97
5. *Insania lupina*: la criminalización de los licántropos y Caperucita Roja como víctima, 1450-1650 . . . . . 113
6. *Malleus maleficarum*: la gran caza de brujas como cacería de mujeres por asesinos en serie . . . . . 151
7. Los destripadores anteriores a Jack: el auge de los asesinos en serie modernos en Europa, 1800-1887. . . . . 163
8. De vuelta en Estados Unidos: el auge del asesino en serie estadounidense moderno. . . . . 219
9. Arrastrémonos hasta Whitechapel: los crímenes sexuales en Gran Bretaña antes de Jack el Destripador. . . . . 249

III  
LA NUEVA ERA DE LOS MONSTRUOS:  
EL AUGE DEL ASESINO EN SERIE MODERNO

|  |     |
|--|-----|
| 10. Rapaz: Jack el Destripador y los asesinatos de Whitechapel, 1888 . . . . .   | 269 |
| 11. El destripador francés: la ciencia forense de los asesinatos en serie en la <i>Belle Époque</i> , 1897 . . . . .                               | 301 |
| 12. Alerta por marea roja: los asesinos en serie de la primera mitad del siglo xx, 1900-1950 . . . . .   | 331 |
| 13. El «gótico americano»: la edad de oro de los asesinos en serie, 1950-2000 . . . . .  | 341 |
| 14. <i>Diabolus in cultura</i> : la cultura de la violación y el asesinato en serie, «sudores», la «Gran Generación» y sus hijos de Caín . . . . . | 363 |
| <i>Conclusión</i> : El síndrome de Pogo: pensar en rebaños de dementes en el ocaso de la edad de oro de los asesinos en serie . . . . .            | 405 |
| <i>Epílogo</i> : «También los asesinos en serie necesitan abrazos» . . . . .   | 427 |
| <i>Notas</i> . . . . .   | 439 |
| <i>Bibliografía</i> . . . . .  | 473 |
| <i>Índice temático</i> . . . . .   | 501 |

## Asesinos en serie: breve introducción a la especie

En el principio era ya el Verbo.

SAN JUAN, I,1

Cuando en 1979 me topé con mi primer asesino en serie, yo no sabía que existiera tal cosa. El término *asesino en serie* no se conocía salvo en el mundo cerrado de los conductistas e investigadores de homicidios del FBI, que en la década de 1970 se enfrentaban, en diferentes jurisdicciones, a un repentino aumento de asesinatos sin resolver que parecían estar ligados a responsables únicos y desconocidos. Ted Bundy, que asesinó por lo menos a 36 jóvenes estudiantes universitarias en seis estados, emergió de aquella época como el prototipo de asesino en serie posmoderno. Pero en las películas, en la realidad y en la literatura de ficción, en los medios de comunicación, en la cultura popular e incluso en la psiquiatría forense, no existía un término consensuado para definir a Ted Bundy, ni para aquello con lo que yo me encontré, tal como lo tenemos ahora: el nombre *asesino en serie*.

Mi breve encuentro casual con uno de ellos (el primero de mis tres encuentros aleatorios con diferentes asesinos en serie antes de que fueran identificados y detenidos) tuvo lugar un domingo de diciembre por la mañana en Nueva York. Me había quedado tirado en la ciudad durante el fin de semana y necesitaba encontrar un sitio económico en el que alojarme hasta el lunes. Decidí probar un hotel al final de la calle 42 (el Lejano Oeste), en los arrabales más alejados del distrito de Times Square.

A diferencia de la versión actual edulcorada para los turistas y las familias, en la década de 1970 el barrio que rodeaba Times Square y la calle 42 (esta última apodada Forty-Deuce o la Deuce) era bastante desagradable: un multitudinario zoco de librerías de porno duro, espectáculos eróticos, cines X, cuchillerías, salones de masajes, bares de *striptease*, actos sexuales en vivo, tiendas de recuerdos, perritos calientes y «trabajos manuales», así como prostitutas/os de todas las edades, formas y géneros. Era la Whitechapel de Nueva York, iluminada por neón y con su propio Destripador, como estaba a punto de descubrir.

En 1979 había 40.000 prostitutas patrullando las calles y los portales de las tiendas de Nueva York,<sup>1</sup> tantas que en un momento dado el Departamento de Policía de la ciudad tuvo que colocar barreras a lo largo de las aceras de la Octava Avenida para impedir que las chicas y sus chulos invadieran la calle y bloquearan el tráfico.

A menos que fueras con mucha prisa a la terminal de autobuses de la Autoridad Portuaria, o volvieras de ella, te encontrabas en la Deuce por uno de estos cuatro motivos: comprar, vender, ser vendido o ser detenido, si eras lo bastante tonto o descuidado. En 1979 hubo 2.092 asesinatos en Nueva York y al año siguiente 2.228. En 1990, los asesinatos alcanzaron la cifra récord de 2.605.<sup>2</sup> Era peligroso. Solo en la manzana de la calle 42 entre la Séptima y la Octava avenidas, se denunciaba anualmente un promedio de 2.250 delitos, de los cuales entre el 30 y el 40% eran graves (homicidios, violaciones con violencia, robos).<sup>3</sup>

Mientras me acercaba al hotel aquel domingo de madrugada, apenas amanecido, pensaba que tenía una idea bastante clara de dónde podría estar metiéndome. Ya había visitado Nueva York muchas veces por mis proyectos cinematográficos y documentales, y había rodado toda suerte de cosas provocadoras. A veces me había alojado en alguno de los cuchitriles que rodean Times Square, pero esta era la primera vez que me había salido del mapa, alejándome hasta la Décima Avenida, es decir, entrando en el barrio vecino que desde la década de 1880 se había llamado la Cocina del Infierno. Hoy está lleno de restaurantes famosos, bares de moda y edificios de pisos, y el barrio mismo ostenta el nombre más exclusivo y agradable de

Clinton. Pero en la década de 1970 aún se llamaba, y con motivo, Cocina del Infierno. Entre 1968 y 1986 los Westies, una banda irlandesa, mataron aquí a entre 70 y 100 personas, y las descuartizaron en las bañeras de los pequeños apartamentos que había entonces, donde hoy se alzan los restaurantes de moda.

No estaba seguro de querer pasar la noche aquí, pero el sitio estaba muy cerca del laboratorio cinematográfico al que debía ir la mañana siguiente antes de coger mi vuelo de vuelta a casa, y además era barato. Así, antes de comprometerme registrándome en este hotel de tamaño medio de cinco plantas, decidí darme un garbeo por su vestíbulo y sus pasillos, explorarlos y ver con mis propios ojos cuán malo era o qué podría estar acechándome en los pasillos.

Mientras esperaba el ascensor en el pequeño vestíbulo de entrada, pensé que se había detenido para siempre en una planta superior. Era irritante. Yo era joven e impaciente. Cuando finalmente el ascensor bajó y se abrieron sus puertas deslizantes, miré con dureza al cretino que me había tenido esperando casi una eternidad, aunque probablemente no había sido más que un minuto.

El hombre parecía... bueno, se parecía a cualquier hombre. Otro sujeto blanco de treinta y pocos. Lo único extraño era que, a pesar del frío que hacía, llevaba una capa de sudor febril en la frente. Salió del ascensor y pasó a mi lado como si yo no hubiese estado ahí: chocó conmigo, golpeándome la rodilla y la espinilla con una bolsa que parecía llevar bolas de bolera en su interior; bolas redondas, duras y pesadas. No dijo nada, ni se disculpó, ni siquiera me miró. Tenía una apariencia tan común que si me hubieran pedido que lo describiese para un retrato robot de la policía, no habría podido hacerlo. Pero como me había irritado, le eché una buena mirada para reconocerle si volvía a verle, aunque no fuese capaz de describirlo. Mi última visión de él fue desde el ascensor, cuando la puerta ya se cerraba. Me daba la espalda y caminaba tranquilamente hacia la puerta de la calle con la bolsa balanceándose a su costado.

Fue un encuentro totalmente fortuito con un monstruo que había atado, ahogado, violado, torturado y asesinado bru-

talmente a dos prostitutas de la calle en su habitación del hotel, les había cortado la cabeza y había metido las partes cercenadas en una bolsa. Mientras yo me acercaba al vestíbulo del hotel, él dejaba los torsos descabezados sobre charcos de sangre que ya se estaba coagulando sobre el colchón, los empapaba en combustible para encendedores y les pegaba fuego. Luego salió con su bolsa llena y con total calma cogió el ascensor para bajar mientras yo esperaba impaciente y rabiando en el vestíbulo de abajo.

Desde luego, en ese momento yo no sabía nada de todo esto.

### *MONSTRUM*

Me llamó la atención en primer lugar porque me había hecho enfadar. De no ser así no me habría fijado en él. Hoy doy por sentado —como lo haría un perfilador— que mantenía el ascensor en su planta hasta estar seguro de que el fuego había prendido. Habría ansiado obsesivamente ese tipo de control total sobre la escena del crimen que buscan los asesinos en serie en sus fútiles intentos de sentirse realizados por lo que hacen. Para ellos todo tiene que ver con el control. Es algo intrínseco a los asesinos en serie.

Coger el ascensor para bajar fue un acto temerario, especialmente tras haber iniciado un incendio, ya que tendría por fuerza que pasar junto al mostrador de la entrada. Ese tipo de temeridad también es intrínseca a los asesinos en serie. Yo habría bajado por la escalera, pero yo no soy un asesino en serie.

Finalmente esa temeridad iba a ser la causa de su arresto. Seis meses más tarde, en mayo de 1980, volvió al motel de Nueva Jersey en el que menos de tres semanas atrás había torturado y asesinado a otra prostituta y había metido su cuerpo esposado, golpeado y mutilado bajo la cama, donde la encontró la señora de la limpieza a la mañana siguiente. Nadie del personal del motel lo había visto ni lo recordaba. Así de *olvidable* era. Solo cuando los empleados del motel, asustados por el asesinato anterior, oyeron los gritos de una mujer en una de las habitaciones, llamaron a la policía.

Así fue como se atrapó y se identificó a Richard Francis Cottingham, alias el Destripador de Times Square, de 33 años. Su víctima, Leslie Ann O'Dell, de 18 años, fue rescatada, sobrevivió y testificó en su juicio.

Richard Cottingham, que al ser arrestado le dijo a la policía que «tenía problemas con las mujeres», se había criado en el seno de una familia estable, católica y de clase media alta de Nueva Jersey. La madre era ama de casa y el padre, ejecutivo de una compañía de seguros en Manhattan. El hijo, Richie, había practicado con éxito el atletismo en el instituto y por lo que parecía guardaba una buena conducta. Después de graduarse comenzó a trabajar como operador informático en las oficinas de la aseguradora Blue Cross en el centro de Manhattan. Como su padre, salía del trabajo y viajaba hasta Nueva Jersey, donde vivía con su mujer y tres hijos. Pero además de todo esto también vivía una vida secreta. Tenía dos amantes, las dos enfermeras, que no sabían nada la una de la otra, y una serie de novias casuales, señoritas de compañía favoritas y ligues ocasionales, y cada tanto, cuando sentía la necesidad de hacerlo, torturaba, violaba y mataba a alguna de ellas. Mató al menos a tres de las mujeres con las que mantenía una relación. Sin embargo, lo que prefería era contactar con ellas al azar por la calle o en bares. Al establecer un horario desde las cuatro de la tarde hasta medianoche, Cottingham cometió sus atroces y sádicos asesinatos entre cita y cita con sus amantes, sus horas de trabajo en Blue Cross y su viaje de vuelta a casa y a su familia en Lodi, Nueva Jersey.

Finalmente Cottingham fue condenado por cinco asesinatos y más recientemente (en 2010) se confesó culpable, repentinamente, de un sexto, cometido 43 años atrás. Se sospecha que es el autor de entre 30 y 50 crímenes no resueltos en Nueva York y Nueva Jersey entre 1967 y 1980. (Fotografías de las escenas de los crímenes y otras imágenes de *Hijos de Caín* en [www.sonsofcainserialkillers.com](http://www.sonsofcainserialkillers.com).)

Aquella mañana, después de prácticamente chocar con él en el vestíbulo, subí y olí el fuego que ardía lentamente, capté un poco de humo y algunas chispas diminutas en el pasillo justo antes de que se disparasen las alarmas antiincendios. Se evacuó el hotel antes de que yo pudiera ver humo o llamas in-

tensos; salí por una escalera que llevaba al aparcamiento y a la calle 42 en el momento en que llegaban los bomberos. No me quedé a curiosear en la gélida calle; me marché de inmediato a buscar alojamiento en otro sitio sin enterarme de lo ocurrido.

A la mañana siguiente, cuando llegué al laboratorio cinematográfico, eché una mirada a los periódicos que había en la recepción. Las primeras planas proclamaban el incendio y los torsos sin cabeza. Aunque me di cuenta de que el incendio se había producido en el hotel del que me fui la mañana anterior, no lo relacioné inmediatamente con el hombre del ascensor. No tenía el conocimiento que todos tenemos hoy del fenómeno de los asesinatos en serie y de las cosas que hacen como para que mi mente conectase enseguida a aquel tipo, y su bolsa con «bolas de bolera», con los asesinatos de arriba. En aquella época nadie pensaba así. Fue mucho más tarde, después de que Cottingham fuera detenido y viera por primera vez su imagen en los periódicos, cuando lo tuve todo claro. ¡Era el tipo que me había tenido esperando el ascensor! Lo reconocí de inmediato. Solo que esta vez las «bolas de bolera» repentinamente adquirieron otro significado.

Una de las dos víctimas decapitadas en el cuarto del hotel, que el forense estimó que era una adolescente, no se identificó jamás y hasta el día de hoy figura como víctima anónima. Pero sí se pudo identificar a la segunda víctima un mes después del asesinato. Llevaba unas sandalias de tacón alto de la muy exclusiva marca Philippe Marco que la policía rastreó hasta una tienda en Paramus, por lo que se pensó que la víctima vivía en Nueva Jersey. Se centraron en los informes de mujeres de ese estado desaparecidas en los días próximos de la fecha de la muerte y finalmente relacionaron las radiografías de la columna vertebral y una cicatriz de cesárea con los registros hospitalarios, y se supo que pertenecían a una chica llamada Deedeh Goodarzi, señorita de compañía de clase alta que vivía en Trenton. En 1978 Deedeh había dado a luz por medio de cesárea a una niña a quien inmediatamente entregó al estado de Nueva Jersey para su adopción, 19 meses antes de su asesinato.

Al ser identificada, las fotos de las detenciones de Deedeh por prostitución se publicaron por todas partes. Indudable-

mente era de clase alta: en esas fotos se la veía elegante y vestida con buen gusto; tenía una mirada oscura y pensativa, labios generosos, cabello largo y negro y unos ojos almendrados muy bellos. Cuando Deedeh no volvió a casa, hubo gente en Nueva Jersey que se preocupó por ella y dio parte de su desaparición a la policía, lo que ayudó a los investigadores a centrarse en los historiales hospitalarios.

Los medios de comunicación dijeron que había nacido en Kuwait, que se crio en ese país con sus abuelos y que su padre, que había emigrado a Nueva York, se la llevó con él a los 14 años. Deedeh vivió una vida complicada en Long Island y en la ciudad de Nueva York. Abandonó la escuela y huyó de su casa a los 16 años. Acabó trabajando como señorita de compañía más o menos exclusiva en Nueva York, Florida, Nevada y California antes de establecerse en Trenton, Nueva Jersey.

Su triste historia, su rostro y sus ojos me acosaron durante décadas. Con 22 años, solo era un año más joven que yo cuando la asesinaron. Me preguntaba qué largo camino habría recorrido la chica antes de encontrarse con un asesino en serie, apenas unas horas antes de que yo me cruzase con el mismo asesino.

Me pregunté qué habría sido de la cabeza de la mujer, que chocó con mi pierna, con aquellos hermosos ojos y el largo cabello oscuro. ¿Qué hizo Cottingham con ella? Por mucho que la policía buscó las cabezas faltantes en las cercanías del hotel, e incluso envió buceadores a investigar en el cercano río Hudson, zambulléndose desde los muelles podridos, jamás las encontraron. Cottingham se las llevó a un sitio que nunca reveló.

En las décadas que transcurrieron desde entonces, en ocasiones me pregunté qué habría ocurrido con la niña que Deedeh dio en adopción, un alma diminuta en una cápsula de seguridad, puesta a salvo desesperadamente del caos de la desdichada vida de su madre, 19 meses antes de su salvaje asesinato, única huella que dejó tras de sí. Me pregunté si la niña habría sobrevivido a las fauces del sistema estatal de adopciones, a qué ruta se la había lanzado, dónde habría aterrizado y si alguna vez sabría algo sobre la identidad y el destino de su madre biológica. La imaginé dando tumbos por la vida como una resaca que flota en la estela del caos y el asesinato.

Entonces yo carecía aún del término *asesino en serie* para consolarme con su limpia descripción de aquello con lo que me había topado en el vestíbulo de aquel hotel. El asesinato me parecía tan sobrenaturalmente monstruoso como los relatos de *Historias de la cripta* que leía de niño en los cómics. Muy bien podía haberme encontrado con Drácula, con el Hombre Lobo, con el monstruo de Frankenstein o cualquier otro espíritu maligno de película.

En un mundo en el que los asesinos en serie aún no se habían nombrado, clasificado y descrito definitivamente, me quedó la sensación de haber conocido a un monstruo, en el antiguo sentido de la palabra latina original *monstrum*, o sea, «un presagio o una advertencia de la voluntad de los dioses».<sup>4</sup>

Aquel encuentro daría forma para siempre a la manera en que más tarde escribiría sobre asesinos en serie. En sus inútiles intentos de humanizarlos de algún modo, o de «secularizar» sus atributos monstruosos, gran parte de la literatura actual sobre ellos rechaza la idea del monstruo. Pero yo me encuentro comenzando desde el polo opuesto. Yo experimenté un *monstrum*, uno que no traía precisamente un presagio de la voluntad de los dioses sino de nosotros, de nosotros mismos y de nuestra sociedad. Llegué a verlos como reflejos monstruosos y contrahechos en el espejo distorsionado de la civilización humana.

Mi breve encuentro personal con un monstruo inspiró mi deseo de comprender el fenómeno del asesinato en serie y su historia social y forense. ¿Dónde y cómo aparecieron estos monstruos por primera vez? ¿De dónde vinieron y por qué en las últimas décadas del siglo xx hubo un incremento tan drástico en su número, hasta el punto en que una vez me crucé sin quererlo con uno de ellos y luego, más adelante, con otro, y aun después con un *tercero*? ¿Acaso había tantos asesinos en serie entre las décadas de 1970 y 1990 que tuve la oportunidad de toparme por azar con tres diferentes —en Nueva York, Moscú y Toronto—, todos por casualidad y todos antes de que se hubiera acuñado el término *asesinos en serie*? Durante mucho tiempo pensé que estos tres encuentros eran escalofriantes por inusuales pero, como ya veremos, no lo eran *tanto*.

Lo único que me diferencia a mí de usted, o de otros a los que algún asesino en serie ha rozado sin saber y sin querer, es

que en mi caso llegué a saber más tarde quiénes habían sido *mis* asesinos en serie. La mayoría de las personas, afortunadamente, no llega a saberlo nunca.

Si bien Cottingham nunca alcanzó la fama a la que llegaron otros asesinos en serie, fascinó a muchas personas que están inmersas en el campo del homicidio en serie. El célebre perfilador y doctor Robert Keppel, que trató con asesinos en serie muy famosos como Ted Bundy y Gary Ridgway, el asesino de Green River, considera a Cottingham el monte Everest de los asesinos sádicos. Escribe Keppel: «Años después de que hubieran encerrado a Cottingham, al tratar de descubrir qué es lo que impulsa al subtipo de los asesinos en serie sexuales, seguía preguntándome qué me intrigaba, en última instancia, de los casos de Cottingham. En parte era el alcance de la tortura sádica a la que Cottingham sometía a sus víctimas. No las mataba y después profanaba sus cuerpos: las forzaba a experimentar dolor y humillación antes de matarlas. Después sí profanaba sus cuerpos».<sup>5</sup>

Lo que más me asombra de mi breve encuentro con este asesino en serie es lo normal y olvidable que era él. Cottingham no parecía malvado ni monstruoso. No había en él nada que asustase. No tenía colmillos, ni los ojos rojos, ni el aliento asqueroso ni garras amarillentas. No miraba torcido ni parecía inquieto. No balbuceaba como un loco ni estaba salpicado de sangre (aunque acabase de decapitar a dos víctimas), ni tenía el empaque y el encanto aristocráticos de un Hannibal Lecter. Como mucho, parecía un tanto colocado y con la mirada vacía, que es como me imagino la mirada de los que han saciado su sed de sangre.

Era un individuo tan común que, cuando salí del ascensor en la planta de la que él venía, ya le había olvidado y no volví a pensar en él hasta que vi su fotografía en los periódicos.

Después de la detención de Cottingham intenté comprender mejor qué era ese hombre. El primer libro sobre crímenes auténticos que leí y que trataba de los asesinos en serie fue *The Stranger Beside Me*, la fundamental obra que Ann Rule publicó en 1980 sobre el notorio asesino en serie Ted Bundy, pero

cuando lo leí no hallé en las páginas de este magnífico libro el término «asesino en serie».

Antes de la década de 1980 ya se habían rodado películas, y escrito artículos y libros, sobre asesinos en serie como Jack el Destripador, H. H. Holmes, Albert Fish, Ed Gein, el estrangulador de Boston, el Hijo de Sam, John Wayne Gacy y el/los estrangulador/es de Hillside, pero nadie, salvo en ocasiones los agentes de policía, llamó «asesino en serie» a ninguno de ellos y, lo que quizá es más importante, nadie los clasificó dentro de un apartado especial de asesinos. Cada uno de ellos era un caso independiente.

El libro de 1986 del antropólogo social canadiense Elliott Leyton *Cazadores de humanos: el auge del asesino múltiple moderno*, que en su primera edición en Estados Unidos se tituló *Compulsive Killers: The Story of Modern Multiple Murder*, fue probablemente el primer libro popular en describir de forma integral el fenómeno de los asesinos en serie y su historia social. Aunque en este libro sí aparece el término *asesinos en serie*, aún no era una expresión lo suficientemente conocida por el público para que el editor se atreviera a utilizarla en el título.<sup>6</sup>

Al escribir sobre asesinos en serie estamos manejando un péndulo que oscila de la monstruosidad a la psicología, de la mitología a la historia, de lo monstruoso/sobrenatural a lo forense/científico. Finalmente llegué a darme cuenta de que los asesinos en serie son lo que ellos deciden ser, y que esta definición cambia constantemente según la historia y la sociedad. Pero durante siglos, hasta la década de 1980, no tuvimos idea de lo que eran ni de cómo describirlos, excepto con el vocablo *monstruos*.

#### LA ACUÑACIÓN DEL TÉRMINO *ASESINOS EN SERIE*

Antes de que estuviéramos en condiciones de reconocer lo que es el asesinato en serie, necesitábamos contar con un término. A lo largo de la mayor parte de su historia moderna, el asesinato en serie recibió una gran cantidad de etiquetas diferentes, como, por ejemplo: «asesinato de un desconocido por otro desconocido», «matanza recreativa», «asesinato en patrón», «asesinato por

emoción», «multicidio», «asesinato psicótico», «asesinato secuencial», «asesinato compulsivo», «asesinato múltiple», «asesinato sin motivo», «asesinato por lujuria», «oleada de asesinatos» y, de forma confusa, «matanza masiva», con la que aún hoy definimos una ráfaga aislada de asesinatos múltiples. No había consenso en cuanto a un término único para los asesinatos serializados o lo que los define, y nadie reunió todos aquellos perfiles de asesinatos múltiples y sus características en clasificaciones o categorías con nombre.

Actualmente, *asesino en serie* es un término tan conocido y tan genérico como *clínex*, *gomina* o *táper* (de Tupperware). Pero hace treinta y cinco años nuestra percepción de esos asesinos era como nuestro recuerdo de las primeras escenas de una película de zombis, aquellas en las que todo el mundo corre durante los inicios de un Apocalipsis no-muerto mientras intenta comprender qué le está pasando a la civilización: ¿una epidemia? ¿Una toxina utilizada como arma? ¿Una mutación genética? ¿Una plaga de rabia que empuja al canibalismo? ¿Un virus del espacio exterior? ¿Algo sobrenatural? ¿Y por qué sigue extendiéndose esta plaga?

Para 1979, cuando se produjo mi primer encuentro, ya habíamos entrado en lo que más adelante daría en llamarse «epidemia de los asesinos en serie», que además iba a empeorar causando en Estados Unidos y en todo el mundo un auge sin precedentes de ese tipo de asesinatos, pero la cosa no tenía aún nombre. Después de leer *A Stranger Beside Me* comprendí que Cottingham era algo así como Ted Bundy, como Jack el Destripador, como el estrangulador de Boston, como John Wayne Gacy; un poco como todos los «asesinos múltiples por emoción en patrón» de las décadas de 1960 y 1970 como Edmund Kemper, Jerry Brudos, Juan Corona, el/los estrangulador/es de Hillside, Dean Corll, el Hijo de Sam y el nunca identificado asesino del Zodiaco. Sin embargo, entre los asesinos parecía haber más diferencias que similitudes. Algunos se centraban únicamente en prostitutas, otros en hombres homosexuales, otros en niños, otros exclusivamente en mujeres de edad universitaria. Algunos de ellos mutilaban a sus víctimas, otros no. Unos mataban solo con las manos, otros con cuerdas, o con me-

días, o cuchillos o armas de fuego. Algunos eran estacionarios, es decir, mataban en un lugar determinado; otros eran migratorios y viajaban miles de kilómetros en busca de víctimas. Algunos dejaban los cadáveres junto a la carretera, mientras que otros los enterraban en «cementerios» propios en lo profundo de un bosque. Básicamente, todos hacían lo mismo: matar a muchas personas, pero cada uno de ellos parecía hacerlo de una manera propia y particular, siguiendo un patrón. De ahí la antigua forma de denominarlos «asesinos en patrón» a modo de descripción.

Fueron las películas las que popularizaron nuestra noción de los asesinos en serie: *Psicosis*, *Frenesí*, *Harry el Sucio*, *El estrangulador de Rillington Place*, *Los ojos de Laura Mars*, *Trastornado*, *Los asesinatos de Todd* y *El tren del terror*, muchas de ellas inspiradas en casos reales. Se consideraba a los asesinos en serie unos dementes, o monstruos sin explicación como el sobrenatural e invencible Jason de la serie de películas *Viernes 13*, o el Michael Myers de *Halloween*. En realidad, las primeras entregas de *Halloween* y *Viernes 13* se estrenaron en 1978 y 1980 respectivamente, antes de que se generalizara la denominación de «asesinos en serie».

No existía una palabra única con la que todos se refiriesen a estos monstruos depredadores o a cómo funcionaban. Y sin «la palabra», no teníamos idea de «la cosa». Así como las fuerzas del orden ya se habían dado cuenta de que se trataba de un fenómeno en aumento, el resto de la población, nosotros y los medios de comunicación, seguíamos ciegos.

Fue en mayo de 1981 cuando aparecieron por primera vez en los medios las expresiones *asesino en serie* y *asesinato en patrón*. En relación con Wayne Williams, sospechoso de los asesinatos de 31 niños en Atlanta entre 1979 y 1981, escribe el *New York Times*:

El incidente ha sacado a la luz lo que pensaban muchos oficiales de la policía y muchos científicos forenses de Atlanta: que solo algunos de los asesinatos son obra de un asesino «en serie» o «en patrón»...<sup>7</sup>

Así como el *New York Times* fue el primer diario de referencia de Estados Unidos, Wayne Williams fue nuestro primer «asesino en serie documentado» y es del todo posible que fueran varias las personas que propusieran el término de forma independiente. Según la escritora de libros de crímenes auténticos Ann Rule, ya fallecida, el que acuñó el término fue el detective de California Pierce Brooks.<sup>8</sup> El también escritor de crímenes reales Michael Newton señala que el término ya lo usó el autor John Brophy en su libro de 1966 *The Meaning of Murder*.<sup>9</sup> Harold Schechter y el estudioso de la mente criminal Lee Mellor descubrieron que Ernst August Ferdinand Gennat, jefe de la policía de Berlín, había empleado el término *serienmörder* (asesino en serie) en la década de 1930 al describir los crímenes de Peter Kürten.<sup>10</sup>

El empleo más antiguo del término *asesinatos en serie* en lengua inglesa y en una publicación se debe al especialista en estudios bíblicos, historiador y superviviente de un campo de concentración Robert Eisler en sus notas de una conferencia sobre sadismo y antropología que dio en la Real Sociedad de Medicina de Londres en 1948. La conferencia se publicó póstumamente en 1951 en forma de libro con una cantidad importante de notas titulado *Man into Wolf: An Anthropological Interpretation of Sadism, Masochism, and Lycanthropy*. Al describir el sadismo innato de los niños, Eisler dijo:

Los asesinatos en serie de la obra infantil *Punch and Judy* son tan divertidos porque las marionetas están hechas de madera y las cabezas suenan macizas e insensibles cuando las golpean. Sin embargo, esta diversión es ciertamente la «abreacción» inofensiva de las crueles urgencias de la infancia.<sup>11\*</sup>

\* Es posible que incluso antes, las palabras «el asesino en serie de Whitechapel» se leyeran en un artículo periodístico del 9 de noviembre de 1888, en la edición en que el *London Daily Post* cubría el tema de Jack el Destripador. Las palabras aparecen en un montaje de recortes de diarios de la era victoriana, cuya autenticidad no me fue posible confirmar antes de que este libro entrase en imprenta. Véase la imagen al final del primer párrafo en la segunda columna del periódico: <<http://www.alamy.com/stock-photo-the-londonpost-november-9th-1888-clippings-of-the-fifthand-final-52938673.html>>. Mi agradecimiento a Bettye McKee por señalarme este punto.

Aunque es posible que lo hayan propuesto varias personas, personalmente creo que el inventor más plausible del término *asesino en serie* tal como lo aplicamos hoy es el agente y perfilador conductual del FBI Robert K. Ressler. Escribe Ressler en sus memorias que le pareció que la designación de «asesino de desconocidos» que se había popularizado para el asesinato en serie no era la adecuada porque no todas las víctimas de esos asesinos son desconocidas para ellos. Ressler se encontraba dando conferencias en una academia de policía británica en 1974 cuando oyó la descripción de algunos crímenes como sucedidos «en serie»: una serie de violaciones, de incendios provocados, de robos con fractura o asesinatos.

Ressler dijo que esa descripción le recordaba al término usado en la industria cinematográfica para las películas en episodios cortos que se veían los sábados por la tarde en las décadas de 1930 y 1940: «series de aventuras». Los espectadores volvían siempre al cine semana tras semana debido a que cada episodio tenía un final inconcluso, que solía denominarse «el gancho». En vez de darles un final satisfactorio, estas conclusiones parciales hacían aumentar la tensión de los espectadores. Del mismo modo, pensaba Ressler, en que después de cada asesinato los asesinos en serie experimentan una tensión que los tiene «enganchados» por el deseo de cometer otro asesinato que sea más perfecto que el anterior, uno que se acerque más a sus fantasías. En lugar de sentirse satisfechos cuando matan, los asesinos en serie se sienten empujados a repetir la matanza en forma de ciclo, en una pauta de asesinatos con gancho parecida a la de las series de aventuras. «Asesinato(s) en serie», argumentó Ressler, era un término muy apropiado para los homicidios compulsivos múltiples a los que pensaba que se estaba enfrentando.<sup>12</sup>

#### CLASIFICACIÓN DE LOS ASESINOS EN SERIE

Mientras Ressler se debatía pensando en cómo llamarlos, él mismo, su colega John E. Douglas de la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI (la actual Unidad de Análisis de la

Conducta, BAU) y la enfermera forense Ann W. Burgess entrevistaban a 29 asesinos en serie sexuales encarcelados y a siete asesinos sexuales comunes, con preguntas sobre su infancia, sus fantasías y lo que *ellos* consideraban que estaban haciendo. Realizadas entre finales de la década de 1970 y comienzos de la de 1980, estas entrevistas iban a generar más adelante el controvertido sistema de perfiles del FBI con su clasificación de los asesinos en serie como organizados, desorganizados y mixtos:

- Los asesinos organizados planifican meticulosamente sus crímenes, acechan pacientemente a sus víctimas, muchas veces utilizan su encanto y su astucia para atraerlas y ejercer control sobre ellas, van equipados con armas y medios de sujeción e intentan limpiar la escena del crimen para destruir las pruebas forenses. Tienden a encontrar a sus víctimas en un sitio, llevárselas y matarlas en otro y deshacerse de los cuerpos en un tercero, lo que dificulta a los investigadores el trazado correcto de una línea temporal. Son inteligentes, sociales, físicamente atractivos, casados o en una relación, con buenos empleos, se visten bien, sus pisos son limpios y están bien arreglados, conducen coches limpios y bien mantenidos, etc.
- Los asesinos en serie desorganizados no planifican los asesinatos sino que actúan según un arrebato del momento, razón por la cual emplean espontáneamente la fuerza bruta (un ataque repentino) para secuestrar y someter a sus víctimas. Carecen de las habilidades sociales necesarias para seducirlas y muy a menudo son personas solitarias o vagabundos, y no tienen empleo. Para matar a sus víctimas utilizan armas improvisadas que encuentran en el escenario; a menudo dejan los cuerpos en el mismo sitio en que encontraron a la víctima y suelen dejar escenas sucias con gran cantidad de pruebas. Sus viviendas también son sucias y desordenadas y en persona suelen ser físicamente repulsivos, conducen coches viejos y mal mantenidos, etc.

Lamentablemente para el sistema del FBI, muy pocos de los asesinos en serie caen limpiamente en una de estas dos categorías. La mayoría de ellos exhiben una mezcla de características de ambas, y por eso el FBI introdujo una tercera clasificación, la de mixtos, una combinación de las dos anteriores que tiene poco sentido.

Pese a los fallos de este sistema de organizados, desorganizados y mixtos, este primer intento de clasificar a cada uno de los asesinos en serie dentro de categorías o especies con características específicas fue un hallazgo que ayudó a los investigadores de campo. El propósito de la investigación del FBI no fue tanto desvelar los misterios de la psicología del asesino en serie como comprender de qué modo la naturaleza de una escena del crimen ayuda a identificar al perpetrador o, en la jerga del FBI, el *sudes*, el sujeto desconocido. Según la conocida frase de John Douglas: «Si quieres conocer al artista, contempla su obra».

Los resultados de esas entrevistas con delincuentes encarcelados se publicaron en 1988 en forma de un libro de texto titulado *Sexual Homicide: Patterns and Motives*, uno de los primeros estudios académico-científicos que requirió las dimensiones de un libro enfocado casi exclusivamente en los asesinos en serie sexuales, sus fantasías, su infancia, sus rasgos y su comportamiento, así como una rudimentaria guía para trazar sus perfiles.<sup>13</sup> Sus tres autores, Ressler, Burgess y Douglas, están entre los pioneros estadounidenses en perfilación de delincuentes en serie y en análisis psicológico de las escenas de crímenes, junto con pioneros anteriores como Walter C. Langer, que en 1940 perfiló a Adolf Hitler para los servicios de inteligencia de Estados Unidos; el doctor J. Paul de River, psiquiatra perfilador del Departamento de Policía de Los Ángeles en la década de 1940; el psiquiatra de Nueva York James Brussel, que adquirió fama al perfilar al dinamitero en serie George Metesky en los años 50 y al estrangulador de Boston en la década de 1960; y, más tarde, el detective de homicidios de Los Ángeles Pierce Brooks, los agentes del FBI Howard Teten y Roy Hazelwood, el psicólogo forense de Michigan Richard Walter y el investigador de la Fiscalía General del estado de Washington, Robert Keppel.

Con la publicación de *Sexual Homicide*, en 1988, adquirimos un mejor conocimiento del término *asesino en serie* y un mapa de carreteras bastante más específico, aunque aún rudimentario, de lo que implicaba. Tres años más tarde la adaptación al cine de la novela de Thomas Harris *El silencio de los corderos* popularizó inmensamente al asesino en serie y al perfilador del FBI como atractivos adversarios.

#### AUGE DEL ASESINO EN SERIE EN LAS DÉCADAS DE 1970-1980

Si tiene usted más de cincuenta años, como yo, guardará el recuerdo de un mundo más inocente sin el fantasma de los asesinos en serie, un mundo que en principio parecía seguro e inocente pero que se transformó en un sitio recorrido por monstruos humanos similares a zombis, que mataban en serie.

*Papá lo sabe todo* y *Las desventuras de Beaver* fueron algo más que programas de televisión convencionales de finales de los años 50 y comienzos de los 60: en aquella era había una ingenuidad palpable, en especial si era usted niño. En aquella época pocos imaginaban un mundo en que el padre de *Las desventuras de Beaver* pudiera enterrar cadáveres en el sótano o sodomizar a Beaver mientras Mami posaba para fotos sugerentes en anuncios para atraer víctimas a casa, o que Wally, el hermano mayor, torturase al gato de la familia mientras se masturbaba leyendo revistas de aventuras para hombres o espiando por la ventana al vecino con un cuchillo en la mano.

En los inocentes años 50, el lechero, vestido de blanco impecable, te llevaba la leche hasta la puerta de casa, envasada en botellas de vidrio claro y no en botes de cartón encerado con caras de niños desaparecidos. Es verdad que en los decenios de 1950 y 1960 la gente no cerraba la puerta de casa con llave, y que, además, dejaba las ventanas abiertas.

Pero al finalizar la década de 1960, *todo* cambió. La virulencia del auge de los asesinatos en serie de esa época es escalofriante.

- Según la Base de Datos sobre Asesinos en Serie de la Universidad de Radford (FGCU, Florida Golf Coast University), de los 2.236 asesinatos en serie registrados en Estados Unidos entre 1900 y 2000, el 82% (1.840) hizo su aparición entre 1970 y 2000.<sup>14</sup>
- Un estudio de 431 casos de asesinatos en serie en Estados Unidos entre 1800 y 2004 descubrió que el 65% (234 casos) se dio entre 1970 y 2004.<sup>15</sup>
- En el período de 25 años entre 1970 y 1995 la cantidad de asesinatos en serie en activo se multiplicó por diez en comparación con los años transcurridos entre 1800 y 1969.<sup>16</sup>

Este auge de los asesinatos en serie de los últimos 35 años superó exponencialmente la tasa de crecimiento de la población de Estados Unidos. Hacia 1980 parecía tanto una plaga que los Centros de Control de Enfermedades (CDC, Centers for Disease Control) de Atlanta comenzaron a indagar el fenómeno de los asesinatos en serie y el Congreso organizó sesiones sobre el problema<sup>17</sup> (para más datos sobre la «epidemia de asesinatos en serie», véase el capítulo 13).

Pensemos en la frecuencia con que aparece el término *asesinatos en serie* en el *New York Times*. En la década siguiente a ser empleado por primera vez, el término apareció 253 veces en el diario; en los diez años posteriores apareció 2.514 veces.<sup>18</sup>

A finales de la década de 1990, los asesinatos en serie se habían convertido en la fuente más importante de entretenimiento obsesivo, no solo de los pocos que los practicaban sino de los millones de consumidores que los miraban en las películas y la televisión, y los lectores que leían sobre ellos. Había tarjetas comerciales con asesinatos en serie, calendarios y clubes de fans, así como coleccionistas de recuerdos sobre este tema. A finales de la década, los asesinatos en serie formaban parte de la cultura popular estadounidense, a la misma escala que los dinosaurios, los vaqueros, el béisbol y los zombis.